

como la voluntad de poner de manifiesto que el conflicto es un fenómeno intrínseco a la comunicación. Fabbri, siguiendo a Saussure, está convencido de que la significación se establece mediante diferencias y, al igual que la *semiótica de la cultura*, defiende que el signo por sí solo no es capaz de significar. En ese sentido, el conflicto es la prueba evidente de que los signos necesitan unos de otros para poder cumplir con su función significativa. Igualmente, el conflicto evidencia la pluralidad de significados que se dan en cada una de nuestras lenguas y nos obliga a concebir la cultura, tal y como hizo Lotman, como un todo dinámico, móvil y mutable. Así pues, la dimensión conflictual de la comunicación que señala Fabbri revela que vivimos inmersos dentro de un mundo de signos que no es estático, que está en continuo movimiento y cuya apariencia desencadena todo tipo de pasiones y efectos.

Elogio del conflicto concluye con una entrevista a Paolo Fabbri realizada por miembros del GESC e incluye en un apéndice final un breve glosario. Toda la entrevista se presenta a modo de conclusión y se centra principalmente en cómo la mirada semiótica, entendida como una mirada dirigida al significado y a la articulación del sentido, puede contribuir y ha contribuido al progreso de otras ciencias humanas:

La semiótica consigue ser útil porque es una disciplina con vocación metodológica-descriptiva cuya finalidad es la de enriquecer la caja de herramientas metodológicas. Lo que sucede, no obstante, es que las disciplinas sustantivas se sirven de los métodos y en el acto se olvidan de dónde los han tomado.

Asimismo, Fabbri afirma en esta entrevista que la dirección que debe tomar la semiótica de cara al futuro es la de atender más a la dimensión paradigmática; es decir, a la dimensión que se refiere a cómo se organizan jerárquicamente los elementos de un determinado texto o cultura, pues de dicha jerarquía depende también la articulación del sentido y la producción del significado, no sólo de la dimensión sintagmática. En cuanto al glosario, éste está compuesto por un conjunto de términos que el propio Paolo Fabbri explica y que permiten profundizar en algunos aspectos tratados en este volumen, tales como la posibilidad de traducción entre

diferentes sistemas de signos (*transducción*) o las cuestiones relacionadas con el parecer y el secreto desde un punto de vista estratégico (*faneroscopia/criptoscopia*). Este libro, de gran coherencia en su conjunto, invita así al lector a sumergirse en el método semiótico, un método tan usado como tan poco reconocido hasta el día de hoy por el resto de disciplinas y de saberes humanos. —MIGUEL MARTÍN

El tiempo detenido del poema

CÉSAR ANTONIO MOLINA: *Calmas de enero*. Barcelona: Tusquets, 2017, 166 pp.

«¿Qué es un poeta: si es que aún queda alguno?» se pregunta William Carlos Williams en una cita que leemos como prólogo a este libro. Tal vez podamos responder que poeta es la persona que vive de modo crítico el pensamiento, habita de forma creativa el lenguaje y procura hacer que cada experiencia individual tenga una cierta apertura a lo universal. La poesía se convierte así en un espacio común y un tiempo para compartir. ¿Cuál es el papel de la poesía ahora, en este tiempo de mentiras y post-verdades? ¿Qué hace una poesía reflexiva en medio de la urgencia de los Tweets? ¿Qué hace un pensamiento reposado en el tumulto de los re-tweets y las microinformaciones efímeras? ¿Qué hace, en fin, un verso perfecto en su equilibrio, frente a la marabunta de informaciones que asaltan nuestra emocionalidad más inestable?

En *Calmas de enero* hay poemas que se elevan como un salmo, pero el poeta no dirige su canto a ningún dios pasado ni futuro, sino a su propia conciencia desdoblada. Como si quien vive, quien camina, fuese a la vez el que observa al caminante. Y ahí el escritor atisba su propia trascendencia, pero no en la certeza de que la escritura sea la huella perenne de una vida singular, sino en la duda, en el ejercicio vacilante y nervioso del

pensar. Es cuando nos damos cuenta de que el sujeto poético es un nosotros menor: «Somos personajes secundarios de nuestras lecturas».

Como libro, *Calmas de enero* tiene un sonido de fondo que lo impregna de serenidad, pero cada poema tiene su propia música. El poema es aquí un artefacto complejo. Suele haber un núcleo descriptivo: iglesias, ríos, puentes, paisajes, evocaciones de viajes, aeropuertos, ciudades. Y una corriente subterránea que emerge de vez en vez, una reflexión sobre la poesía, sobre el oficio de poeta, la buena poesía y la «poesía moribunda». Finalmente un tercer elemento que se trenza con los otros, el fulgor del pensamiento que emerge como un relámpago: «La esperanza siempre está en la otra orilla»; «el amor es un dolor que nunca se aplaca», o «lo bello es lo que puede contemplarse sin tiempo». Estas ideas funcionan como amarras que anclan el poema y crean una tensión entre lo que tiende a volar y lo que lo mantiene en la tierra firme de un pensamiento milenario. Y también es una tensión entre dos tiempos. El tiempo efímero y particular de la experiencia, el tiempo del viajero. Y el tiempo del viajero en el Tiempo, el que va más allá de este presente a veces miserable, pero que puede llevar al poeta y con él al lector, a dialogar con Sócrates con la misma naturalidad con la que se saluda a un amigo al que se vio la noche anterior.

Son varios los continentes, numerosos los países y muchas las ciudades, pero entre todas ellas, tal vez sea Nápoles, junto a La Coruña, lo más parecido a un hogar para el viajero, una Ítaca a la que siempre regresa el poeta. Allí, entre las lavas de Herculano y su sueño petrificado es menos extranjero. Aunque en varias ocasiones nos advierte que se siente «siempre extranjero» y llega a decir: «más extranjero que yo imposible». Por ello tal vez podamos afirmar que el único espacio habitable por el poeta, sin sentirse extranjero, sea la propia poesía.

La poesía menor evita las grandes palabras, Belleza, Tiempo, Vida. En métrica nos hablaban de «arte mayor» y «arte menor», pero refiriéndose al tamaño de los versos. Estamos aquí —con versos de hasta veinticuatro sílabas— frente a un arte mayor, sobre todo por la ambición de los contenidos. El poeta, sabedor de que estamos hechos de la misma materia de nuestros sueños, hace balance en el friso de una edad que cree acercarse a la senectud, pero no es más que madurez. La juventud no depende

del tiempo de las células, sino de la actividad de las neuronas y en *Calmas de enero* asistimos al despliegue de un tiempo auroral. Cuando todo estaba naciendo, en la *Ilíada*, apenas se describen atardeceres. Una y otra vez aparece ante nuestros ojos la rosada aurora. El poeta vive a la vez su tiempo, el nuestro, y fuera del tiempo, en diálogo con San Agustín, Séneca o Wittgenstein. La poesía se convierte, así, en el fluir de la propia conciencia en forma de pensamiento. Poesía como cifra y reflejo de la vida cotidiana. Poesía como actitud de alerta. Siempre, sin descanso: poesía como una forma de ser, como una forma de estar en el mundo. Si la poesía de César Antonio Molina fuese una partitura, en ella, fuera ya del pentagrama, encontraríamos desde los sonidos más agudos a los más graves. Desde las notas más personales (calafateadores junto a la playa de San Amaro) a los pensamientos más abstractos: «Me ausento de mí mismo no para pensar —en qué podría / hacerlo que no estuviera ya hecho— sino para / no pensar. Ausentarme del pensamiento». Del mismo modo que nada humano le es ajeno, nada no humano le interesa, porque el verdadero nervio de su escritura es el drama de la existencia con todos sus diapasones, amor, deseo, memoria, contemplación, viaje, melancolía, saudade. Y como clave y contrapunto de este mundo humano, la figura del ángel. Ángeles sobre las ruinas y Ángel blanco de Mylesève. «Compañeros de destierro». El ángel que nos recuerda a Rilke y a Benjamín, a Zambrano y a la mística. Estamos frente a una escritura clásica en sus aspiraciones, pero que asume con toda libertad la vanguardia más exigente. Una escritura, en fin, cercana y arcana, abismal y sensible. Y este libro es la última entrega, por ahora, de una proyecto que aspira a descifrar el sentido y los límites de la existencia, pues sólo con tal aspiración, el sentido de la vida se desvela y la tarea del arte se justifica como un dar cuenta de nuestros pasos en el espacio y nuestras pulsaciones en el tiempo.

El poeta es un exiliado, un ser marginal y excéntrico. Exiliado en un mundo incomprensible que sólo a través de la cultura puede ser descifrado. Pero cultura no como abstracción sino como un hacer cotidiano y concreto: leer, pasear, mirar desde ventanas y balcones, extraer de las obras de arte lo que éstas tienen de vivo. Mirar de frente sus interrogantes mientras ofrecemos lo único que verdaderamente tenemos, tiempo. La

cultura nos redime y nos señala el camino de regreso «a la casa del padre». Cultura clásica y moderna, occidental y oriental, contemporánea y de todos los tiempos. Música, pintura, poesía, paisaje. El poeta, solitario y marginal quiere conocer todas las formas de la belleza y amarlas en su sabor acre y beber hasta las heces en sus contradicciones. Finalmente el poeta es un ser excéntrico, un ser sin centro. Ni siquiera tiene un «yo» que le sirva de soporte: «Lo que llevo dentro de mí, / que me es desconocido, / es lo que me hace yo». Ya ni las formas de la poesía sirven al poeta y este se interroga y responde desde una lucidez tranquila, con versos largos, con pensamientos arriscados y abruptos, o con afilados aforismos, trasladando a nuestra tradición modos que lo hermanan con los grandes poetas meditativos europeos y con los filósofos jonios. Y lo hace con una voz que dialoga con Platón o con Montaigne con la misma naturalidad con la que estamos hablando nosotros ahora. El tiempo del poeta no se mide por años, por siglos ni otras convenciones. Lo mismo se medita sobre un verso de Song Zhiwen que sobre las piedras negras de Herculano. No hay materia desechable para construir el poema. Y la reflexión sobre la poesía dibuja, con nitidez, los rasgos de una poética radical: «El menor número de palabras posibles para el mayor sentido posible». El tiempo del poema no es lineal, está lleno de anfractuosidades. De una ciudad pasamos a otra y al final del poema estamos en la siguiente. Y si eso ocurre en el espacio, tampoco el tiempo es sucesivo: hay recuerdos, anticipaciones, memoria de objetos y visión del regreso. Estos versos, dedicados a su madre, no la devolverán a la vida, pero sí concilian al hijo con su recuerdo y lo hacen fecundo. Dormirse en estas calmas de enero es reconciliarse con nuestra verdadera naturaleza, que no es «natural», sino de ficción, una ficción que nos convierte en seres de cultura. Pocas veces la palabra cultura se conjuga de un modo tan certero con la acción. La gestión puede ser el cantar de «gesta» de nuestro tiempo. Dirigir un suplemento cultural, recordado décadas después, descubrir las posibilidades del Círculo de Bellas Artes o abrir un Instituto Cervantes en Beijing, luchando contra los molinos de viento de una burocracia milenaria. El poeta, sensible a los vaivenes del tiempo y del espacio, pero también de la historia, encuentra en Jovellanos un alma gemela, un aliado. Sabedor de lo difícil que es construir, hacer, crear en este país de «hijos de algo». No

sólo es necesario escribir poesía, «memorias de ficción» o narrativa, también estructuras administrativas y leyes agrarias. Por eso, frente a Bellver admira «la belleza de este castillo que el tiempo / me ha desvelado como propio».

Pero la poesía es el núcleo de un proyecto personal, estético y político. En esa exigencia el poeta se aleja del lenguaje previsible. Es nuevo el sentir y nuevo el decir. La palabra insólita, la locución nunca oída ni vista escrita. La poesía como acercamiento al enigma, como un adentrarse en lo desconocido. Y más que articular un mero decir, nos interpela desde el centro de la duda, mientras nosotros, lectores sorprendidos, dudamos con él: «Solamente son verdaderos los pensamientos / que no se comprenden a sí mismos».

Porque «la poesía cura las heridas que la razón provoca», el hijo ofrece lo que ha sido hasta ahora su vida. ¿Y a quién se ofrece esta hecatombe, este sacrificio? A la madre dormida. Allí donde el viento se detiene y todo queda en calma, donde pasado y presente se hacen poema. —ANTONIO MOLINA FLORES

